EL DOCTOR PROCTOR Y EL FIN DEL MUNDO. O NO.

Esta traducción ha sido publicada con la ayuda económica de NORLA www.norla.no

Primera edición: mayo de 2014 Título original noruego: *Doktor Proktor og verdens undergang. Kanskje.*

Maquetación: Adriana Martínez Edición: David Sánchez Vaqué Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

- © 2010 Jo Nesbø
- © 2010 Per Dybvig por las ilustraciones
- © 2014 Cristina Gómez Baggethun, por la traducción
- © 2014 La Galera SAU por la edición

en lengua castellana

Publicado con el acuerdo de Salomonsson Agency

La Galera SAU Editorial Josep Pla 95. 08019 Barcelona www.lagaleraeditorial.com lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Liberdúplex Ctra. BV2249, km 7,4 Pol. Ind. Torrentfondo 08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-8.825-2014 Impreso en la UE ISBN: 978-84-246-5167-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

JO NESBØ

EL DOCTOR PROCTOR Y EL FIN DEL MUNDO. O NO.

Traducido del noruego por Cristina Gómez-Baggethun

Ilustraciones de Per Dybvig

laGalera

CAPÍTULO I

GUERRA MUNDIAL E HIPO

sa noche nevaba sobre Oslo. Grandes copos de nieve, aparentemente inocentes, caían del cielo sobre los tejados, las calles y los parques de la ciudad. Un meteorólogo seguramente te habría contado que los copos de nieve no eran más que lluvia congelada que venía de las nubes, pero lo cierto es que nadie lo sabe con absoluta certeza. Los copos de nieve podrían venir por ejemplo de la luna, que a veces asomaba por los claros entre las nubes, arrojando una luz mágica sobre la ciudad dormida. Los copos de nieve que caían sobre el asfalto, delante del ayuntamiento, se derretían enseguida y corrían en forma de agua hacia la alcantarilla más cercana. Luego caían por el agujero y goteaban por una tubería que enseguida los conducía a la red de cloacas que se extendía por las profundidades del subsuelo de Oslo.

Nadie sabe tampoco con certeza lo que hay en el mundo de las cloacas, pero si fueras tan tonto, y tan valiente, como para bajar hasta allí en esta noche de diciembre, y contuvieras la respiración y guardaras silencio, seguro que oirías alguna que otra cosa curiosa. Gotas de agua, gorgoteos de



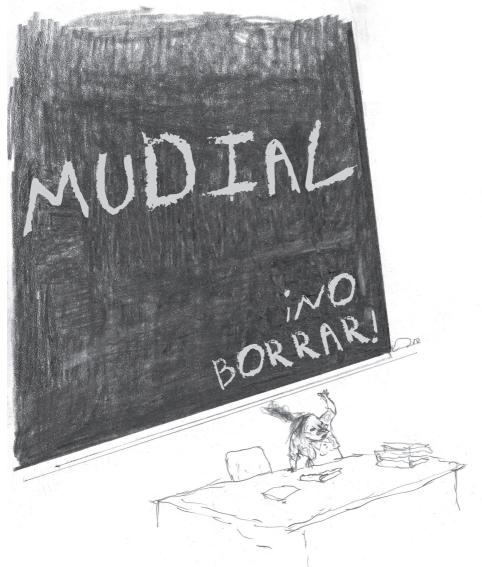
cloacas, silbidos de ratas, el croar de una rana y —con muy mala suerte— oirías incluso el crujido que producen unas enormes mandíbulas al abrirse y destapar unas fauces del tamaño de un flotador, el ruido de la saliva de la anaconda y, al final, el atronador chasquido de las mandíbulas al cerrarse. Después de eso te garantizo que no oirías nada más, mi desafortunado amiguito. Pero si suponemos que no tuvieras tanta mala suerte, oirías también otros ruidos en la noche. Ruidos que te sorprenderían. El ruido de una plancha de hacer gofres al cerrarse, el de la mantequilla derritiéndose, un murmullo y luego la plancha de gofres abriéndose otra vez. Y al final: un silencioso masticar.

Pero al cabo de un rato dejó de nevar, cesó el ruido de masticar y los habitantes de Oslo empezaron a despertar a un nuevo día y se encaminaron hacia el trabajo, o el colegio, a través de la oscuridad y el fango de la nieve. Y en el momento en que la señorita Strobe empezó a hablar a sus alumnos de la Segunda Guerra Mundial, el pálido sol del invierno, que había vuelto a quedarse dormido, se asomó con cautela por encima del monte.

Lise estaba sentada ante su pupitre mirando la pizarra donde la señorita Strobe había escrito GUERRA MUDIAL. Se le había olvidado la N. Debería poner Guerra Mundial. Y esto agobiaba tanto a Lise —a quien le gustaba que estuviera todo bien escrito— que no conseguía concentrarse en lo que estaba contando la señorita Strobe sobre los alemanes que habían atacado Noruega en 1940. Al parecer, solo unos pocos héroes se habían enfrentado a los alemanes, pero al final los noruegos habían ganado la guerra y pudieron cantar: «La victoria es nuestra, hemos ganado y la victoria es nuestra».

- —;Y los demás qué hicieron?
- —¡Para preguntar, levantamos la mano, Tapón! —dijo la señorita Strobe muy seria.
- —Desde luego que levantáis la mano —respondió Tapón—. Pero no veo que con eso obtengáis mejores respuestas. Mi método, señorita Strobe, es simplemente tomar la palabra... —El chico pelirrojo, diminuto y con muchas pecas, cuyo nombre era Tapón, levantó una mano minúscula en el aire e hizo como si cogiera unas manzanas invisibles—. ¡Así! Tomar la palabra, conservarla, mantenerla en mi poder, darle alas y dejarla volar hacia ti...

La señorita Strobe inclinó la cabeza hacia delante y le clavó la mirada por encima de las gafas, que cayeron unos centímetros por su larga nariz. Lise vio con espanto que la profesora había levantado la mano para su famosa palmada sobre la mesa. El sonido que producían las carnes de la mano de la señorita Strobe al chocar contra la madera de pino resultaba aterrador. Se decía que había hecho llorar a hombres adultos y que incluso había logrado que algunas mamás gritaran: «¡Mamá!». Aunque, después de pensárselo

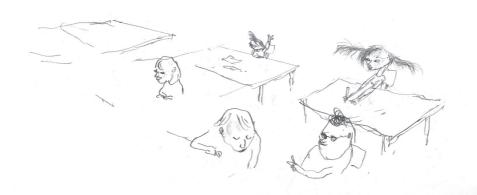


dos veces, Lise recordó que el que se lo había contado había sido Tapón, así que no era cien por cien seguro que fuera cien por cien verdad.

—¿Qué hicieron los que no eran héroes? —repitió Tapón—. Responde, querida profesora cuya belleza solo es superada por tu sabiduría. Responde y permítenos beber del cáliz de tus conocimientos. La señorita Strobe bajó la mano y suspiró. Lise tuvo la impresión de que se le movían un poco las comisuras de los labios entre tanta severidad, aunque la señorita Strobe era una mujer que no se prodigaba con las sonrisas y demás mímicas resplandecientes.

- Los noruegos que no fueron héroes durante la guerraempezó—, se dedicaron a... eh... a animar.
 - —;A animar?
- —Animaban a los héroes. Y al Rey, que había huido a Londres.
 - —Vamos, que no hicieron nada —dijo Tapón.
- —No es tan sencillo —respondió la señorita Strobe—.
 No todo el mundo puede ser un héroe.
 - —¿Por qué no?
 - —¿Por qué no, qué?
- —¿Por qué no todo el mundo puede ser un héroe? —preguntó Tapón meneando su flequillo rojo que asomaba a duras penas por encima del pupitre.

En el silencio que siguió, Lise oyó unos gritos y unos hipidos procedentes de la clase contigua. Y supo que era el nuevo profesor de manualidades. Se llamaba Gregor Galvanius,



pero lo llamaban simplemente señor Hipo, porque le entraba hipo cuando se ponía nervioso.

—¡Truls! —gritó Gregor Galvanius con un falsete de desesperación—. Hip. ¡Trym! Hip.

Lise oyó la risa malévola de Truls y la risa igualmente malévola de su gemelo Trym. Luego oyó que alguien echaba a correr y que una puerta se abría de golpe.

—No todo el mundo lleva dentro eso de ser un héroe —dijo la señorita Strobe—. La mayoría de la gente solo quiere que la dejen en paz para poder dedicarse a sus cosas sin que los demás la agobien demasiado.

A esas alturas la mayoría de los niños había dejado de escucharla porque estaba mirando por las ventanas, donde se veía a Truls y Trym Thrane correr por encima de la nieve del patio. No era una imagen muy bonita, porque Truls y Trym eran dos niños muy gordos y al correr les rozaban mucho los muslos. Pero el perseguidor tampoco era mucho más elegante. El señor Hipo trotaba esforzadamente detrás de ellos, con la espalda encorvada y las piernas separadas, como un alce muy torpe en el sol de la mañana. La razón por la que iba encorvado y le costaba tanto avanzar era que, al parecer, la silla se le había incrustado en los pantalones. La señorita Strobe miró por la ventana y suspiró con pesadez:

- —Tapón, me temo que hay quien sencillamente es una persona muy normal y no tiene nada de heroico.
 - —¿Qué le pasa a la silla? —preguntó Tapón en voz baja.
- —Parece que la tiene cosida al pantalón —dijo Lise bostezando—. Mira, está llegando al hielo…

Las zapatillas de Gregor Galvanius, alias señor Hipo, empezaron a deslizarse por el hielo. Y al final se cayó. De culo.

O más bien: como tenía el trasero pegado a la silla, como la silla tenía ruedas, como las ruedas estaban bien engrasadas y como el suelo del patio caía en pendiente hasta la cuesta que bajaba al arroyo de los Cañones, el señor Hipo se vio de pronto de pasajero involuntario de una silla que rodaba cuesta abajo y acelerando.

—Dios mío —exclamó la señorita Strobe horrorizada al descubrir el precipitado viaje de su colega hacia el fin del mundo, o por lo menos del patio.

Durante unos segundos hubo tal silencio que solo se oyeron el zumbido de las ruedas contra el hielo, el silbido de las resbaladizas zapatillas que intentaban desesperadamente frenar y un frenético hipar. A continuación, la silla y el profesor de manualidades llegaron al final del patio y la pila de nieve acumulada pareció explotar produciendo un gran pof. Al segundo, el aire se llenó de nieve en polvo. ¡Y la silla y Gregor Galvanius habían desaparecido!



—¡Hombre al agua! —gritó Tapón.

Acto seguido se levantó y empezó a saltar de pupitre en pupitre hasta llegar a la puerta. Y todos los demás lo siguieron, incluida la señorita Strobe, y un instante después estaban todos fuera, excepto Lise. Lise estaba delante de la pizarra, con una tiza en la mano, y entre la U y la D, escribió una N. GUERRA MUNDIAL. Y luego salió corriendo detrás de los demás.

La señorita Strobe y otro profesor ya estaban tirando de Gregor Galvanius, que seguía pegado a la silla, para sacarlo de la pila de nieve.

- —¿Cómo estás, Gregor? —preguntó la señorita Strobe.
- —Hip —dijo Gregor—. ¡Estoy ciego!
- —Qué va —dijo la señorita Strobe y, con el meñique, le quitó la nieve que se le había quedado por dentro de las gafas—. Ya está…

Galvanius guiñó los ojos aturdido y se sonrojó al verla.

- —¡Ah, hola, señorita Strobe! ¡Hip!
- —Menudo jaleo —le dijo Lise a Tapón, que había sido el primero en llegar al lugar de los hechos. Había llegado tan rápido que estaba cubierto de la nieve en polvo que había levantado Galvanius. Tapón no contestó, se limitó a mirar hacia el arroyo de los Cañones.
 - —¿Pasa algo? —preguntó Lise.
- —Al llegar he visto algo allí abajo en el arroyo. La nieve en polvo se le había pegado.
 - —¿Se había pegado a qué?
 - —Eso es lo que no sé. Desapareció al derretirse la nieve. Lise suspiró.
 - -Vamos a tener que hacer algo con tu imaginación so-

breexcitada, Tapón. Quizá el doctor Proctor pueda inventar algo que calme tu imaginación.

Tapón guiñó los ojos para quitarse la nieve de las pestañas y le agarró la mano a su amiga.

- -;Ven!
- —Tapón...
- —Ven —repitió Tapón, y se cerró la cremallera del chaquetón de plumas.
 - —¡Estamos en medio de una clase!

Pero eso Tapón no lo oyó, porque resulta que ya se había lanzado a la nieve y estaba deslizándose sobre la tripa por la empinada cuesta que bajaba al arroyo helado.

—¡Tapón! —gritó Lise yendo detrás de él—. ¡Está prohibido bajar al arroyo!

Tapón, que ya estaba abajo y se había puesto en pie, señalaba triunfalmente algo que había en la nieve.

- —¿Qué es eso? —preguntó Lise al acercarse.
- —Un rastro —dijo Tapón—. Huellas.

Lise miró hacia abajo y, efectivamente, vio unas profundas huellas en la nieve que continuaban por encima del hielo del río, solo cubierto por una fina capa de nieve.

- —Alguien ha cruzado el río —dijo Lise—. ¿Y qué?
- —Pero mira las huellas —dijo Tapón—. No son huellas de animal, ;estamos de acuerdo?

Lise pensó en todas las huellas de animales que había visto en las clases de ciencias naturales: patas, zarpas, uñas de corneja... Efectivamente estas huellas no se parecían a ninguna de ellas. Así que asintió y dijo que estaba de acuerdo.

—Y tampoco son zapatos ni botas. Qué misterioso...—dijo Tapón, y empezó a seguir las huellas por el hielo.

—¡Espera! —dijo Lise—. Mira que como el hielo no...

Pero Tapón no la oyó. Y una vez que llegó sano y salvo a la otra orilla, se volvió:

- —¿Vienes o qué?
- —Aunque el hielo aguante tu peso, puede ser demasiado fino para mí —susurró Lise, que tenía miedo de que la señorita Strobe los viera desde el patio.
 - —¿Cómo? —gritó Tapón.

Lise señaló el hielo.

Tapón respondió señalándose la cabeza.

—¡Usa tu cerebro de cacahuete! ¡Mira las huellas! ¡Lo que ha pasado por aquí es más grande que tú y yo juntos!

Lise detestaba que Tapón se las diera de que era más listo que ella. Así que pegó un par de pisotones en la nieve pensando en lo que diría su padre el comandante —o peor: su madre la comandanta— cuando volviera a casa con una nota de la señorita Strobe. Se daba cuenta de que aquello era lo último que quería hacer. Pero al final cruzó el hielo. Porque eso es lo que pasa cuando tienes la mala suerte de ser la mejor amiga de un tipo como Tapón.

Las huellas trazaban un gran círculo por el Bosque de Avellanos, que en realidad no era más que un modesto grupo de árboles normales. Luego cruzaban el Puente de Avellanos,



volvían al patio del colegio y llegaban hasta la escalerilla que conducía al gimnasio. Lise y Tapón abrieron la puerta y entraron.

—Mira —dijo Tapón señalando las huellas mojadas en el suelo.

Pero las huellas se fueron desdibujando a medida que avanzaban por el pasillo, pasaron los vestuarios y entraron en el gimnasio vacío, donde vieron los últimos restos antes de que estas se esfumaran por completo.

—Se le han secado los pies —dijo Tapón olisqueando el aire.

—¿A quién? —preguntó Lise mirando el estandarte de la banda de música del colegio que estaba apoyado contra la pared, detrás de las colchonetas y el viejo potro. Allí ensayaba la banda de música en la que tocaban Tapón y ella. El estandarte era azul y el nombre de la banda estaba bordado con letras amarillas: MÚSICA ECOLAR DE DØLGEN.

Tapón empezó a andar de vuelta hacia la salida y Lise corrió detrás de él. Porque aunque era una chica lista y valiente, que no creía



en absoluto en los fantasmas, los monstruos y ese tipo de cosas (¡ah, qué niño de diez años cree en esas cosas!, pensó), tampoco quería quedarse sola. Porque en el gimnasio había algo que le había puesto los pelos de punta, algo que no encajaba del todo y que le había hecho sentir que estaba en una especie de sueño.

En el patio, la directora del colegio se encontraba ante la pila de nieve pidiendo a gritos que alguien le contara quién había cosido el trasero de los pantalones de Galvanius al asiento de la silla. Desde las escalerillas que llevaban al gimnasio, Tapón y Lise vieron a los niños mirar con cara de susto a la directora y después a Truls y Trym, que estaban codo con codo, con los brazos cruzados, y los vigilaban con expresión amenazadora.



—Nadie se atreve nunca a chivarse de Truls y Trym —dijo Lise.

—Supongo que la señorita Strobe tiene razón —dijo Tapón—. La mayoría de la gente quiere estar tranquila para dedicarse a sus cosas, sin que los demás los agobien demasiado.

En ese momento sonó el timbre para que entraran en clase. O quizá fuera para que salieran. En cualquier caso a Lise le pareció que el día se estaba poniendo muy raro.

Y más raro se puso en me-

dio de la última clase del día. Porque fue entonces cuando Lise cayó en la cuenta de lo que no encajaba. Le vino a la cabeza como una de las bolas de nieve de Truls y Trym. ¡El estandarte de la banda de música del colegio! El estandarte con el nombre bordado en amarillo, que ella había visto cientos de veces. MÚSICA ESCOLAR DE DØLGEN. Solo que en el estandarte que habían visto, ponía MÚSICA ECOLAR DE DØLGEN. Faltaba una S. A Lise se le heló la sangre. ¿Cómo podía ser?

Ya había sonado el timbre y Lise había llevado a Tapón a rastras al gimnasio vacío. Estaban mirando el viejo estandarte y Tapón deletreaba detenidamente las palabras:

- -- MÚSICA ESCOLAR DE DØLGEN.
- —¡Pero hace un momento faltaba la S de escolar! —dijo Lise, desesperada—. ¡Te lo juro!

Tapón juntó las puntas de los dedos y se volvió hacia ella:

- —Quizá el doctor Proctor pueda inventar algo que calme tu imaginación, querida.
 - —¡No me estoy imaginando nada! —gritó Lise, crispada. Tapón le acarició amablemente la espalda.
- —Estaba de broma. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Lise?
 - -No. O más bien, sí. Casi todo.
- —La diferencia, Lise, es que, como amigo tuyo, siempre confio ciegamente en todo lo que dices.
- —Eso —dijo Lise— es porque la diferencia entre tú y yo es que yo siempre digo la verdad.

Tapón miró el estandarte pensativo.

—Creo que va siendo hora de que le pidamos consejo a alguno de nuestros amigos.

- —Nosotros no tenemos amigos, Tapón. Aparte de tenernos el uno al otro, ¡solo tenemos un amigo más!
- —A mí me suena a una manada de amigos, la verdad dijo Tapón, y silbó tentativamente la melodía de la primera voz de una marcha militar. Y Lise no se pudo contener y lo acompañó silbando la voz del clarinete.

Y silbando la marcha militar, fueron desde el colegio hasta la calle de los Cañones, pasaron la casa roja en la que vivía Lise, dejarón atrás la casa amarilla de enfrente, en la que vivía Tapón, y llegaron a la casa ladeada, azul y rara que estaba al fondo de la calle, casi oculta por las pilas de nieve, en la que vivía su único amigo. Caminaron a través de la nieve, pasaron el peral sin hojas y golpearon la puerta, porque el timbre seguía estropeado.

—¡Doctor Proctor! —gritó Tapón—. ¡Abre!

ZAPATOS DE EQUILIBRIOS Y CAMALEONES LUNARES

ero nadie acudió a abrir la puerta de la casa del doctor Proctor.

- —¿Dónde se habrá metido? —murmuró Tapón mirando por la rendija del buzón.
 - —Ahí —dijo Lise.
 - —¿Dónde? —dijo Tapón.
 - —Ahí arriba.

Tapón se dio la vuelta y siguió con la mirada el dedo de Lise.

Y allí, haciendo equilibrios sobre el caballete del tejado, vio a un hombre alto y delgado con gabardina de profesor y orejeras rosa, que avanzaba con pasos minúsculos y los brazos extendidos hacia delante.

- —¡Doctor Proctor! —gritó Tapón tan alto como pudo.
- —No te oye —dijo Lise—. Lleva puestos los Sordo Seguro.

Sordo Seguro —las Orejeras Sordo Seguro del doctor Proctor— eran un invento del doctor para protegerse los oídos de otro de sus inventos: los Polvos Pedonautas del Doctor Proctor.

Lise hizo una bola de nieve, la apretó y la lanzó. La bola aterrizó sobre el tejado, justo a los pies del doctor, y este dio un respingo y empezó a hacer un extraño baile en las alturas. Los brazos se le movieron como una hélice y desplazaron una de las orejeras, que le cubrió un ojo.

- -¿Qué estás haciendo? -gritó Tapón.
- —Estoy... estoy moviendo los brazos —gritó el doctor, moviendo aún más los brazos—. Y me balanceo... —jadeó a la vez que su cuerpo flaco empezaba a balancearse de acá para allá—. ¡Y pierdo el equilibrio! —gritó, y de pronto desapareció.

Lise y Tapón se miraron asustados. Luego echaron a correr y rodearon la casa.

- —¿Hola? —gritó Lise.
- —¡Hola? —gritó Tapón.
- —Hola, sí —dijo una voz seca y hueca desde el interior de un agujero en la nieve del que asomaban dos brazos—. Y si pudiéramos dar por acabados los saludos, quizá podríais ayudarme un poco.

Lise y Tapón le cogieron una mano cada uno y, por segunda vez en aquel extraño día, un adulto salió de la nieve. Aunque la verdad es que adulto, lo que se dice adulto... Los inventos del doctor Proctor tendían más bien a ser muy infantiles, muy divertidos y, lamentablemente, muy poco útiles para el mundo de los adultos. Pero qué más daba, cuando tenía un jardín con un peral, dos buenos amigos y, encima, estaba comprometido con la mujer más maja del mundo e incluso —por lo que podía apreciar a través de las gafas de



natación llenas de hollín que llevaba siempre— más mona de Oslo: Juliette Margarina.

- —¿Por qué llevas orejeras? —preguntó Lise mientras lo ayudaba a ponerse de pie.
- —Es que tenía mucho frío en las orejas y no encontraba el gorro —dijo el doctor—. ¿Qué pasa?

Lise le contó lo que había pasado en el patio del colegio.

- —Gregor Galvanius, sí —dijo el doctor Proctor cepillándose la nieve del pelo alborotado—. Menuda criatura.
- —¿Conoces al señor Hipo? —preguntó Tapón—. Truls y Trym le habían cosido el pantalón a la silla con un punto de cruz horrible. Mira que son siniestras las artes y manualidades. Lo que yo no entiendo es cómo consiguieron hacerlo sin que él lo notara.

Proctor suspiró.

- —Supongo que el pobre Gregor se habría quedado dormido.
- —No creo que ningún profesor se quede dormido en medio de una clase —dijo Lise.
- —Pues pasa, al menos si eres una criatura que en realidad debería hibernar —dijo Proctor.
- —¿Qué es eso? —preguntó Tapón señalándole los pies al doctor.
- —Esto —dijo el doctor señalando sus zapatos rojos y naranja con cordones azules— es mi último invento. Los Zapatos de Equilibrios del Doctor Proctor. Mirad... —Levantó un pie y les enseñó la suela—. Son unos viejos botines de boxeo, pero les he metido unas tiras magnéticas. Con esto se puede hacer equilibrio sobre cualquier cosa. Solo hay que darle a este interruptor.

Un interruptor normal de cocina estaba enganchado al empeine. Lise leyó las posiciones:

CUERDA TENSA

CUERDA FLOJA

VALLA DE JARDÍN

ARCO DE PUENTE

CABALLETE DE TEJADO

- —¡Genial! —exclamó Tapón—. ¿Los puedo probar?
- —Todavía no, querido Tapón. Tengo que perfeccionarlos un poco para dejarlos... eh... perfectos.
- —¿Y entonces por qué los estabas probando en el tejado? —preguntó Tapón un poco enfurruñado. Porque cuando Tapón probaba los inventos del doctor Proctor, prefería que no estuvieran perfectos del todo.
- —Tenía que ajustar la antena —dijo Proctor señalando el tejado, donde una enorme antena de televisión trazaba líneas rectas y negras contra el pálido cielo invernal—. Ya no veo casi ningún canal de la tele.



—¡Pero querido doctor! ¿Todavía no te has enterado de que ahora las señales de la tele son digitales? Ya no funciona ninguna de las antenas viejas.

El doctor Proctor arqueó una ceja y miró a Lise. Luego miró la antena del tejado. Y al final miró su reloj.

- —Hay que ver cómo pasa el tiempo. ¿Y qué sucede?
- —¿Perdón? —dijo Lise.
- -¿Qué o-cu-rre?
- —He visto algo que desapareció cuando se derritió la nieve —dijo Tapón.
- —Eso es lo que suele hacer la nieve al derretirse —dijo Proctor bostezando—. ¿Algo más?
 - —El estandarte del colegio ha perdido una S —dijo Lise.
- —En fin, que se acerca el fin del mundo —dijo Proctor secamente, y empezó a caminar por la nieve en dirección a la puerta de su casa.



- —¿Tienes algún consejo sobre lo que deberíamos hacer? —preguntó Lise.
 - —Por supuesto —dijo Proctor.
 - —¿Y cuál es?
 - —Lo que hacemos siempre. Un flan de caramelo.
- —Ya está —dijo el doctor Proctor cuando, entre los tres, se habían comido un flan de caramelo de metro y medio de largo en la mesa de la cocina del doctor.



Sobre la encimera estaba el helicóptero en miniatura que usaba para batir la nata, la tostadora que usaba para el secado exprés de las manoplas y los calcetines, y una cacerola de sopa de pescado a la que le había hecho un agujero en el fondo porque detestaba la sopa de pescado.

- —Viste algo —dijo Proctor.
- —Sí —dijo Tapón, y eructó—. Perdón.
- —No pasa nada. ¿Qué fue lo que viste?
- —No sabría decir. Estaba cubierto de nieve por el vendaval que formó Gregor Galvanius al aterrizar. Así que solo le vi el contorno. Pero luego la nieve se derritió y dio la impresión de que lo que estaba debajo, era invisible.
 - —;Persona o animal?
- —No sé. Pero las huellas no eran de ningún animal que yo haya visto antes. Y tampoco eran las huellas de un pie humano descalzo ni las de unos zapatos ni unas botas. Daba la impresión de que llevaba... —Tapón cerró los ojos como si pensara muy intensamente en lo que podía llevar puesto el bicho.
- —Hum —dijo Proctor—. Y al estandarte le faltaba una S en la palabra escolar. Pero cuando volvisteis, ya la tenía.

Lise asintió.

El doctor Proctor se frotó la barbilla.

—¡Calcetines! —exclamó Tapón.

Lise y Proctor lo miraron.

- —Eran huellas de calcetines —dijo Tapón—. Ya sabes, de esas que salen cuando vuelves a casa con los pies mojados y te quitas los zapatos y caminas por el suelo con los calcetines mojados.
 - —Ladrón de calcetines —susurró Proctor como para sí

- mismo—. Errores de pronunciación. Camaleón lu... —de pronto fue como si descubriera que Tapón y Lise seguían ahí y se interrumpió bruscamente.
- —¿Ladrón de calcetines? —preguntaron Lise y Tapón a coro.
- —¡Errores de pronunciación! —Proctor señaló hacia la ventana—. ¡Anda! ¡Ha empezado a nevar!

Miraron hacia fuera. Y, efectivamente, caía algún que otro copo de nieve.

Lise miró al doctor Proctor.

- —¿Qué es un ladrón de cal…?
- —Por cierto, estoy trabajando en un nuevo invento dijo el doctor Proctor antes de que Lise pudiera acabar—. Es un cruce mutado entre un árbol de Navidad y un abeto común. Le salen solas las luces, los ángeles de papel y los hilos plata. Así que solo tienes que talarlos y te los llevas a casa ya adornados. ¿Qué os parece?

Tapón negó con la cabeza.

- —Es una mala idea. La mitad de la gracia está en adornar el árbol.
 - —¿De verdad? —preguntó Proctor.
- —Sí —dijo Tapón rebañando el plato—. ¿No podrías inventar algo que hiciera que la Música Escolar de Dølgen sonara bien?
- —Podría ser —dijo el doctor Proctor—. Pero... ¿qué os parecería un mazapán navideño con sabor a flan de caramelo?
- —¡Eso sí que estaría bien! —exclamó Tapón mirando el trozo de flan que quedaba sobre la bandeja—. Si nadie quiere más, quizá yo podría…

- —Proctor —dijo Lise—. ¿A qué te referías con ladrón de calcetines?
- —Yo nunca he oído hablar de eso —dijo Proctor—. Y vosotros tampoco, según creo.

Lise miró a Tapón. Tenía los mofletes como dos balones, y la bandeja de flan estaba vacía.

- —Uy, pero mira qué hora es —dijo Proctor con un gran bostezo.
- —Oye, ¿no te ha parecido que Proctor estaba un poco raro esta noche? —preguntó Lise cuando salieron por la puerta.
- —No —respondió Tapón con un gran eructo y una sonrisa de felicidad.
 - —Ya —dijo Lise arqueando las cejas.

Cuando Lise llegó a casa, cenó, hizo los deberes y practicó un rato con el clarinete. Luego su madre le gritó desde el salón que le parecía que ya iba siendo hora de que se fuera a la cama. Y a Lise también se lo parecía, en realidad. Cuando se cepilló los dientes y bajó al salón a dar las buenas noches, sus padres estaban viendo la tele. Un grupo de hombres y de mujeres cantaba a pleno pulmón mientras balanceaban el cuerpo y agitaban unas largas túnicas blancas como cortinas en la brisa de verano. Y Lise se dio cuenta de que echaba de menos la primavera.

- —¿Qué es eso? —preguntó.
- —¿Eso? —dijo su padre el comandante—. Eso es el Con-CORO-curso. El coro que gane se llevará cien mil coronas con cincuenta céntimos. Además de un programa especial en la tele dedicado a ellos. Y un viaje a Dinamarca con estancia en un camping.

- —Y horas gratis en una peluquería de Moss y Voss durante medio año —dijo la madre—. Y...
 - -¿Quién está cantando? preguntó Lise.
 - —El coro de Hallvard Tenoresen —dijo el padre riéndose.
 - —¿Quién es Hallvard Tenoresen? —preguntó Lise.
- —¿Que quién es Hallvard Tenoresen? —repitió la madre, sorprendida—. Francamente, Lise, deberías leer un poco las revistas de cotilleos. Hallvard Tenoresen es el quiropráctico cantor de Jönköping. El director de coro más guapo al sur de Nordbotn. Mira qué guapo es. Lo raro es que no esté casado.
- —A mí no me extraña nada que no se case —se rio el padre comandante.

Lise miró a los integrantes del coro que abrían la boca, cantaban y sonreían. Luego se marchó.

Cuando Lise se metió en la cama, apagó la lamparilla de noche, encendió la linterna y apuntó con la luz a la casa amarilla al otro lado de la calle. Y como de costumbre, enfrente se encendió otra luz y unos dedos minúsculos empezaron a hacer sombras chinas. Esta noche el espectáculo parecía tratar sobre un hombre con hipo que rodaba sobre algo y al final chocaba. Y sobre una señorita con una nariz muy larga que le ayudaba a levantarse. Parecía que el hombre intentaba besarla, pero ella le daba un guantazo. Lise se rio a carcajadas. Y se le olvidó por completo que se le había olvidado lo que se le había olvidado. Así que, cuando el espectáculo acabó, Lise se durmió con normal tranquilidad y anormal velocidad. Y no se dio cuenta de que había dejado de nevar ni de que en la alcantarilla de la calle de los Cañones habían empezado a sonar unos extraños murmullos que subieron hacia la luna, que brillaba somnolienta sobre Oslo mientras tarareaba una canción.